

Dom

9 Oct

Homilía de XXVIII Domingo del tiempo ordinario

Año litúrgico 2010 - 2011 - (Ciclo A)

“Id ahora a los cruces de los caminos, y a todos los que encontréis, convidadlos a la boda.”

Pautas para la homilía

¿En quién estaba pensando el autor del evangelio de Mateo cuando redactó estas parábolas? En su propia comunidad que por una parte se plateaba un interrogante y, por otra, estaba amenazada de un gran peligro.

El interrogante era: ¿Por qué el pueblo de Israel en su mayoría no se ha abierto a Jesús y su predicación y lo ha rechazado tan brutal y radicalmente? ¿Acaso no es el pueblo elegido por Dios, el pueblo de su Alianza, el objeto de su amor y su fidelidad perpetuas? ¿Ha rechazado Dios a Israel? ¿Y por qué, al contrario, los que estaban más lejos, los paganos y pecadores, lo han recibido? ¿Es casualidad, misterio insondable o consecuencia de algo?

Y el Evangelista recuerda las palabras de Jesús: Dios ha preparado un banquete, y, sin embargo, cuando todo estaba preparado, los invitados se han excusado e incluso ha agredido y matado a sus enviados, los profetas y el mismo Jesús. La destrucción de Jerusalén, acaecida ya cuando se escribe el evangelio, parece una consecuencia de este rechazo frontal.

Ante esto, la primitiva comunidad podía sentirse agradecida porque Dios los había invitado a ellos, los de fuera, los que según la Ley “no estaban en regla”, ni en la nómina del pueblo de Dios a entrar en su banquete, el Reino. Sí, tenían razón al sentirse agradecidos. Pero no a sentirse superiores. Aquí residía el peligro. Es fácil sentirse bueno, cuando alguien es visto como peor. Confundimos el “ser buenos” con el “ser mejor” que los otros. Pero ser bueno es colmar la propia medida, y no quedarse a medias por encima de los demás.

El invitado que no tenía el traje de bodas refleja a todos que son sólo “consumidores” del Reino. Como buenos consumidores pretenden (pretendemos) únicamente gozar de los beneficios, pero no comprometerse con la tarea. Les (nos) encanta rezar y reconocer a Dios como “Padre nuestro”, pero no están (estamos) dispuestos a “hacer su voluntad” o a “compartir el pan” o a “perdonar a los que nos han ofendido como Tú, Padre, nos perdonas”, ni a luchar “para no caer en la tentación”.

A veces, se ha reducido el traje de fiesta, a las condiciones necesarias para la comunión sacramental. Pero es algo más amplio. El “traje de fiesta” indica las actitudes mismas de Jesús de las que tiene que revestirse el cristiano para ser sincero y coherente, como nos indica san Pablo (Filp 2, 1-18), o como afirma taxativamente san Juan: “el que es de Él, debe vivir como Él vivió” (1 Jn, 2,6).

Y un apunte más. Para los judíos, un pueblo económicamente pobre, amenazado siempre por enemigos más poderosos, con un gran sentido comunitario, el cielo, la gloria, el Reino, la meta de las esperanzas personales y cósmicas, se simbolizaba bien como un banquete. En él no existe la escasez; hay alegría, fiesta, comunidad... Después, se ha representado el cielo, y ahí están las pinturas barrocas de los techos de tantas de nuestras iglesias, como una reunión donde todos los santos y santas están, muy ordenadamente, sentados en nubes, con miradas extáticas o hablando entre ellos, ante la Trinidad que aparece como una gran televisión con un programa interesante que atrae la atención de todos.

Estos símbolos que estimulaban la ilusión y la esperanza de nuestros ancestros ya no nos dicen nada: el banquete se ha hecho cotidiano (consumismo, botellón, etc.), y la asamblea de los santos tocando el arpa, nos suena a algo infinitamente aburrido.

Pero sin símbolos, no se alimenta la esperanza. Hoy hay crisis de esperanza, porque sólo tenemos imágenes catastróficas y catastrofistas del futuro ¿Qué símbolo tendríamos que utilizar actualmente para expresar de algún modo la riqueza que es la persona de Dios misma, con toda la plenitud eterna que aportará a todos y a todo en la Resurrección final? Preguntémoslo a nuestro corazón y que los artistas lo sepan plasmar.



Fr. Francisco José Rodríguez Fassio
Convento de Santo Domingo Ra'ykuéra – Asunción (Paraguay).